

sés y David, hácia el siglo XIV ó XIII antes de la era cristiana. El estaño de Cournouailles, la púrpura del Mediterráneo y el ámbar del Báltico, fueron los tres imanes que desde ya antes de Moisés atraieron, hácia los bárbaros de Occidente, los pueblos civilizados de la raza semítica, pura ó mezclada, que habitaban las regiones marítimas del Oriente.»

Las delicadas investigaciones del Sr. Rossi, acerca de la antigüedad del hombre en Italia, dan mucha luz aun para los demás países de Europa. Nos hacen ver cómo en la mencionada península, que fué la primera ó una de las primeras regiones pobladas en nuestro continente, no sólo es completamente histórica la edad del bronce, sino que lo son también de alguna manera, la neolítica y la paleolítica. De los hombres de esta última se hallan noticias en las tradiciones é historias primitivas; donde se les designa bajo el nombre de aborígenes: vivían en las montañas, en las cavernas, y á la orilla de las corrientes de agua. En varios puntos se ha comprobado la coincidencia de sus moradas, con la de los pueblos neolíticos que les sucedieron y que son quizá sus descendientes, coincidencia que se ha continuado con las viviendas históricas de los antiguos habitantes de la Italia central. Por otra parte, la forma y el estado actual de la península, son de data casi histórica.

La industria de los hombres neolíticos y su comercio con el Oriente, de donde debían

traer las hachas de jadaita, (1) son hechos bien recordados en las tradiciones romanas. Augusto buscaba con gran diligencia las armas de piedra, como propias de los héroes, muchos autores hablan de ellas como de una industria de sus antepasados, y otro tanto sucede con respecto de la cerámica. En ciertas ceremonias religiosas, se conservó el uso de instrumentos de piedra hasta la era cristiana. Otra reminiscencia casi histórica de la época neolítica, es Telégono, fundador de Túsculum, y cuya lanza estaba armada del diente de un escualo. Y aun hay otras muchas tradiciones referentes á la mencionada época.

La aparición del *bronce* en la industria es contemporánea del *aes rude*. Se han hallado en las aguas del Vicarello, muchísimas de estas monedas, á continuación de las de piedra, y precediendo á las de *aes signatum*. Las armas de bronce de forma prehistórica han sido usadas por los Etruscos, y se encuentran en abundancia en sus tumbas; por otra parte están muy relacionadas con la moneda romana. El ardor de la edad de bronce hizo que se prohibiera en los sacrifi-

(1) Así lo sostienen muchos arqueólogos y entre ellos el Sr. Quatrefages, que lo defendió en el Congreso de Bruselas. V. Cotteau *Le Préhistorique en Europe*, p. 116.

En nuestros países no se ha podido hallar ningún yacimiento de dicha roca. Los instrumentos de jadaita debieron pues ser importados seguramente del Asia.

cios el uso del hierro, y semejante prohibición continuó en plena edad histórica. Aquel metal dominaba en los tiempos de Anco Marcio, y el hierro debió introducirse en la época de los últimos reyes de Roma. En Herculano, sepultado 79 años después de J. C. el bronce dominaba aun en los usos de cocina, y en los de la agricultura.

En la Italia central las edades llamadas prehistóricas, están pues relacionadas entre sí y encadenadas en un desarrollo progresivo, del que nos han dejado indelebles huellas; los objetos conocidos con el nombre de prehistóricos, son obra de un tiempo que está en relación directa con la historia. (1)

Todo nos induce á creer que nuestras regio-

(1) Moigno, *Splendeurs de la foi*, t. II. p. 816 y siguientes. Casi al mismo tiempo que Rossi, el abate Collet, después de muchas exploraciones hechas en la baja Bretaña, escribía: "Lo que más me ha llamado la atención es que, en todas partes ó casi en todas partes, las tres edades de la piedra, del bronce y del hierro, están confundidas; lo que prueba, por lo menos, que el uso de la piedra y del bronce se conservó hasta la última edad de hierro."

El abate Hamard, (*V. Études critiques d'archéologie préhistorique*, p. 152—163) cita, en nuestras regiones occidentales, más de 80 localidades en que se hallaron útiles de piedra asociados con restos de una industria muy avanzada, característica de la época romana ó de otras posteriores. Merecen especial mención las láminas de sílex, recogidas en el cementerio merovingio de Hermes (Oise), una de las cuales conservaba aun la virola de hierro, que servía para sujetarla al mango de madera. *V. Bulletin de la Société d'Anthropologie*, 2, 11. 3.ª ser. p. 743.

nes del Sudoeste de Europa fueron pobladas primero por los trogloditas del tipo de Cro-Magnón, que debieron ser ó Camitas puros, ó verdaderos Turanios, que eran Camitas también, pero, al parecer, algo mezclados con la raza de Jafet. Siguen luego otras razas notoriamente Turanias, que pueden reconocerse en las últimas cavernas y en varios Kiokenmodingos. Siguen después los Iberos, descendientes de Jafet, por Tubal, y que de la antigua Iberia vinieron á poblar la nueva, en la cual, además del nombre de *Iberia*, dejaron otros muchísimos que nos atestiguan su punto de partida en el Asia. A los Iberos puros preciso también reconocerlos en varios Kiokenmodingos y además en muchas de las primeras estaciones neolíticas. En estas aparecen ya otras razas en escena, y son precisamente las mismas que después han de introducir el metal, y estas son las Celtas. Su lengua es ya flexional, y pertenece á la rama Aria; la de las anteriores era aglutinante, y se conserva aún viva entre los Bascos, mostrando que pertenece á la gran familia turania.--(1)

(1) Según el abate Hamard (*Dictionnaire apologétique*, p. 230) los Bascos (que son los más genuinos representantes actuales de los Iberos) datan de la edad paleolítica, y son restos de la población primitiva. Lo primero, lo tenemos por casi completamente cierto; no así lo segundo. Verdad es que los descendientes de los Trogloditas quedaron fundidos con los Iberos, y por eso reaparece entre estos con frecuencia el mismo

Los Iberos invadieron pues á la población de los trogloditas, y acabaron por absorberlos ó quedar íntimamente incorporados con ellos. Pero no sabemos si les impusieron su lengua propia, lo cual nos parece más probable, ó si aceptaron la de ellos. Lo que sabemos es que el eúskaro, como idioma aglutinante, es anterior á la confusión de Babel, donde aparecieron, según hemos probado en otro lugar, las lenguas flexionales.

Si los importadores de aquel idioma fueron en realidad los Iberos, nos veremos forzados á reconocer que se establecieron desde un principio en la antigua Iberia, sin pasar por los campos del Sennaar.

Tampoco sabemos si los Celtas son verdaderos arias, ó si sólo tienen de ellos el idioma y los conocimientos de las prácticas metalúrgicas. (1)

tipo de Cro-Magnón; pero la raza propiamente ibérica, según todas las noticias que de ella poseemos, parece ser bastante distinta de las de los primitivos moradores de nuestras cavernas. Como entre los Bascos se observa una gran diversidad de tipos, podemos y aun debemos reconocer que algunos de ellos son restos de la población primitiva; pero la masa general descende principalmente de los Iberos, cuyas costumbres poco ó nada se asemejan á las de los Trogloditas.

En la cuestión relativa al origen de los Bascos, nos parecen, en general, bastante acertadas las reflexiones del P. Mir, en su obra, *La Creación*, p. 853 y siguientes.

(1) "Los lingüistas, escribe Topinard, *Antropología*, versión castellana del Dr. Gener, Barcelona, 1880, p. CXXX), afirmando que todos los idiomas europeos, salvos el basco y el finés, derivan del sanscrito, y que antes de la dispersión de esas len-

La industria propia de los Celtas es la verdaderamente neolítica; la de los Iberos parece ser la de los kiokenmodingos, pues si bien se les ve aparecer muy luego en las estaciones de la piedra pulimentada, se encuentran acompañados de otra nueva raza, (1) la de

guas por el Asia, poseían las palabras que designan los metales y varios instrumentos de agricultura; y los mitólogos, reconociendo que existía una relación equivalente entre los mitos religiosos de los pueblos de Occidente y de los de Oriente, dedujeron, especialmente los primeros, que la masa principal de los pueblos de Europa era aria y provenía del Asia central. Actualmente háse operado una reacción contra esa creencia absoluta. La comparación de los restos de las razas antiguas, que en nuestro suelo se han encontrado, con los de las poblaciones que les han sucedido, demuestra una continuidad de tipo, sólo interrumpida de cuando en cuando por infusiones de sangre extraña, que subsisten más ó menos dejando aquí y allá algunos mestizos, ó desaparecen por completo. Pero nada demuestra que los Arianos del Oriente hayan trasportado otra cosa que su influencia civilizadora, su idioma y conocimiento en los metales.—Puede verse en la *Revue des Questions scientifiques*, Enero, Abril y Octubre de 1890, un extracto de las diferentes opiniones que en el día se defienden acerca del origen de los Arios.

(1) Véase sobre todo esto á Quatrefages, *Races humaines*, p. 113, 114, 115.

Sin embargo Nadaillac (*V. Les premiers hommes*, t. I. c. VI) escribe: «La hipótesis más verosímil es que los megalitos fueron fabricados por los Iberos, raza turania. Aristóteles contaba que los belicosos Iberos ceñían las tumbas de sus guerreros con tantas piedras como enemigos habían muerto. Y en una tesis últimamente sostenida por M. Pelagaud en Lyon, se prueba con excelentes razones, cómo los Iberos fueron los primeros que en el Occidente supieron emplear el bronce. Si esto es verdad, á ellos debemos atribuir la propagación del metal, á ellos los adelantamientos de las artes.»

los Celtas, con los cuales vinieron á fundirse, formando la población Celtíbera, y de los que debieron aprender la nueva industria. (1)

También Fergusson atribuye la construcción de los megalitos á los Iberos, perseguidos por los Cartagineses.

Pero en realidad, lo único que se puede conceder es que los Iberos sean una de las varias razas que introdujeron la industria neolítica. Pero son más ó menos anteriores á los Celtas, y no podían estar tan adelantados como estos, según nos consta además por la tradición y por la historia. Lo que dice Aristóteles es muy verosímil; pero si, como sostiene Pelagaud, los Iberos fueron los primeros que emplearon entre nosotros el bronce, será preciso reconocer que aprendieron á usarlo en sus relaciones con las razas orientales, que desde muy antiguo traficaron en nuestras costas mediterráneas, é introdujeron allí el uso de una cerámica mucho más perfeccionada que la que en épocas muy posteriores se conoció en lo restante de Europa, y aun en la misma Iberia. «Al sudeste de España, escribe Cartailhac (*La France préhistorique*, p. 132) en los más antiguos yacimientos, es donde se hallan los más bellos vasos de tierra. Los Sres. Siret no pudieron explicar este hecho, sino por la hipótesis de una importación.»

(1) En el núm. de Abril de 1890 de la mencionada *Revue des Questions scientifiques*, al dar cuenta de la obra intitulada: «*The Origin of the Aryans. An Account of the Prehistoric Ethnology and Civilization of Europe*, bi Isaac Taylor, se dice (página 599 y sig.): «Taylor admite que, durante la mayor parte del período neolítico, la Gran Bretaña estaba ocupada por una raza dolicocefala, de pequeña talla, de coloración oscura, que vivía como los trogloditas, y que al fin de la edad de piedra, fue invadida por un pueblo braquicefalo, que construía chozas é introdujo el metal. M. Thurnam admitía que la raza más antigua de la Gran Bretaña no era ariana, y que se relacionaba con los Bascos de España, al paso que los invasores braquicefalos eran Arias, probablemente Celtas. No es improbable, como piensa M. Rhys, que hubiera habido dos invasiones célticas sucesivas... ¿De dónde vienen los Celtas? Los Sres. Taylor y Dawkins piensan que pasaron de Bélgica á la Bretaña, porque la gru-

La primera época en que podemos hacer entrar á los Celtas en escena, no parece remontar á lo sumo á más de 1700 años antes de la era cristiana. A los Iberos los podremos reconocer en nuestros países un poquito antes, pero no mucho, pues casi son contemporáneos, y sólo «de rechazo en rechazo, según dice muy bien el Sr. Quatrefages (1), fué como las tribus que no conocían aun más que la piedra tallada, llegaron, antes que los hombres neolíticos, á nuestras costas occidentales, donde acumularon los kiokenmodingos.»

«La historia nos enseña, escribe el Sr. Topinard (2) que en 1500 años antes de nuestra era, una avalancha de bárbaros rubios y de ojos azules, provenientes del Norte, cayó sobre la frontera occidental del Egipto, mientras en Europa una invasión pasaba los Piri-

ta sepulcral de Sclaigneaux, cerca de Namur, ha ofrecido cráneos que guardan el mayor parecido con los Celtas de los *round Barrows* de Inglaterra. Se señalan sus huellas en las grutas del Marne y del Oise hasta Borreby en Dinamarca. Se les encuentra en alto Danubio, en Würtemberg; construían los palafitos de Suiza y de la cuenca del Po... En cuanto á los dolicocefalos prearianos, que, según el Sr. Taylor, ocupaban la Gran Bretaña antes de la llegada de los Celtas, son Iberos, cuya última extensión por el nordeste está señalada por la gruta de Chauvaux, sobre el Meuse en Bélgica; se les encuentra en las riberas del Sena, en las del Oise y el Marne;... dominaban en toda España, las Canarias, Córcega, Cerdeña, Sicilia y al Sur de Italia. El Sr. Taylor osa aún pensar que los pre-Helenos autóctonos pertenecían á la raza ibérica.»

(1) *Lug. cit.*, p. 144.

(2) *Obra citada, ibid.*

neos y empujaba á los Ligurios y Sicanos á Italia, y á los Iberos, más allá del Ebro, hasta el África.»

Entonces debió ser probablemente cuando estos llegaron hasta las Canarias, y los que quedaron en nuestra Península, unos se arrinconaron en las costas de Portugal, y otros fueron á guarecerse en los Pirineos Cantábricos ó en los de Cataluña.

Así pues, vemos que tanto Iberos como Celtas no remontan á una época muy antigua, y por eso nuestras tradiciones y aun nuestras historias los recuerdan (1)

(1) Según César Cantú (*Hist. Univ.* t. I, l. III, c. XXIV,) á los primitivos moradores de Italia «siguieron los Iberos, diez y ocho siglos antes de Cristo, que vinieron de la Iberia Asiática, próxima á la Armenia, desde donde continuaron hasta España, á la cual dejaron su nombre pátrio, y aún hasta el África, según un famoso pasaje de Salustio.»

Esto viene á confirmar lo que dejábamos dicho de que la introducción de la industria neolítica, que debe ser posterior á la llegada de los Iberos, apenas puede remontar á 1800 años en la mayor parte de Europa.

Según el Sr. Fernández Guerra (*v. Cantabria*, en el *Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid*, t. IV, p. 99): «El sencillo Ibero, primer habitante de la Península.... hallábase dividido muy de antiguo en dos grandes familias, que se decían bascones y bárdalos, las cuales... por más de cuarenta siglos, han conservado casi intacta su sangre, lengua, libertad y costumbres patriarcales.—Tribus jaféticas, abandonando en la edad primitiva las márgenes del Ibero, del Árrago y del Araxes, recorrieron las playas meridionales del mar Negro, cruzaron el Bósforo de Tracia, siguieron la orilla derecha del Danubio y del Dravo, entraron por los Alpes orientales, por la Liguria, por la comarca del Ródano, por el Pirineo, y ocuparon á España.»

En vista de todo lo que precede, cualquiera que con ánimo sereno se tome el trabajo de examinar detenidamente la cuestión relativa á la antigüedad del hombre, no podrá menos de maravillarse de las exageraciones y fábulas que en nombre de la ciencia han pretendido defender algunos de aquellos que á sí mismos se apellidan sabios; de esas exageraciones y fábulas mil veces más ridículas que las interminables cronologías de muchos pueblos antiguos; pues si estos pretendieron esconder su origen en la noche de los tiempos, fué para rodear su cuna de esplendores celestiales y atribuirse una nobleza casi divina; mas los llamados sabios esconden su origen sólo para soñar libremente en su tan codiciado cuanto ignominioso y torpe parentesco con el bruto.

Una sencilla discusión y un tranquilo examen de los hechos, nos acaban de hacer ver hasta la evidencia lo infundados que procedieron los críticos del siglo pasado al atribuir al hombre, en nombre de la historia, una antigüedad excesiva, y lo arbitrarias y gratuitas.

En estas palabras del ilustre académico, hallamos algunas inexactitudes; ni los Iberos fueron los primitivos moradores de nuestro país, puesto que antes existieron algunas tribus de trogloditas, ni datan por lo tanto, en él, de más de 40 siglos, sino á lo sumo de unos 36. El conservar casi intacta su sangre, no se aviene mucho con la variedad de tipos que pueden observarse entre los Bascos. Tampoco podemos admitir que desciendan exclusivamente de Jafet.

tas que son todas las afirmaciones análogas que aun en nuestros días se suelen aventurar en nombre de la arqueología ó la prehistoria. (1)

Ni ésta ni aquélla nos pueden hacer remontar con seguridad á más de unos 2000 años antes de la era cristiana; de allí en adelante todo es enigmas, todo confusión y espesas tinieblas. Si ciertos sabios establecen fechas las más exorbitantes y largas, otros, y con más fundamento aun, las reducen de una manera excesiva. Y los más prudentes y cuerdos sólo osan ya afirmar con Cartailhac, que la incertidumbre nos rodea por todas partes,

(1) "Si el hombre, escribe oportunamente el abate Thomas (*Les Temps primitifs*, t. I. p. 209) ha atravesado tantos millares de años y aún de siglos, antes de llegar á los tiempos históricos, ¿cómo permaneció estacionario durante estos largos períodos, cuya duración deja burlados nuestros cálculos?... Niagún monumento, aparte de algunos instrumentos de sílex y de hueso, nos resta de esta larga noche, durante la cual nuestros antepasados no habian tenido por habitaciones más que agujeros, escavados en la tierra, y las cavernas. Y hé aquí que en un instante, en la época relativamente reciente, indicada por la cronología bíblica, la inteligencia del hombre parece despertar de un largo sueño; la civilización toma un vuelo antes desconocido; las sociedades se establecen; las ciencias, las artes, todo nace, crece, se desarrolla con una rapidez verdaderamente pasmosa, si se compara el corto número de los siglos históricos con la inmensa duración de las edades llamadas prehistóricas. Este hecho por sí solo, ¿no prueba mejor que todos los razonamientos, cuán reciente es la aparición del hombre sobre la tierra?,"

y que es imposible establecer un sistema cronológico seguro. (1)

(1) Por esta razón no hemos querido tener en cuenta, en esta parte á la geología, porque, como hace ver el mismo señor Cartailhac, no nos puede mostrar una fecha absoluta, pues ni los fenómenos se realizan siempre con la misma intensidad, ni son apreciados por todos de la misma manera. (Véase (*La France Préhistorique*, p. 51.) Vamos á citar un ejemplo. El Sr. Falsan (*Le période glaciaire*, 1889) habla sin más ni más del tiempo inmenso, de los millares de siglos, que nos separan de la época de los glaciares. Pues bien, el abate Hamard, cuya autoridad en la materia es bien conocida, hace su juicio crítico (*Science Catholique*,) Julio de 1889, p. 531) en estos enérgicos términos: "Hé aquí un prejuicio, que á pesar de ser corriente, no por eso es ménos ilegítimo. Yo desafío á que se me cite un hecho que obligue á hacer remontar el fin del período glacial á más de tres ó cuatro mil años. Hace 20 siglos nada más, el estado meteorológico de nuestras regiones difería aun bastante sensiblemente del estado actual, al decir de los escritores antiguos y según el testimonio de la arqueología, para que podamos ver allí un resto del período húmedo y frío que caracterizó el gran desarrollo de los glaciares."

Pues bien, este gran desarrollo, según hemos probado en el cap. 2.º, terminó propiamente con la formación del loes é inauguración de la edad del reno, es decir, con el diluvio. La geología no puede pues probar que éste dista de nosotros más de unos 4000 años, aunque dista en realidad 4691.

El Sr. Brodie aún le viene á señalar una antigüedad mucho menor al decir (*Remarks on the antiquity and nature of man*, 1854, p. 21): "No hará quizá más de 3000 años que los aborígenes de la Bretaña cazaban el mammut y el rinoceronte, y que hallándolos debilitados por el inusitado calor de la atmósfera, hacían en ellos fácilmente presa."

Esta época del mammut y del rinoceronte, según dejamos probado, terminó con el diluvio.

«La mayor parte de los geólogos modernos, escribía ya Marcel de Serres (*La Cosmogonía de Moisés*, t. I, cap. II), han admitido que la superficie del globo ha sido devastada por un vicio

No hay pues el menor dato cierto que nos obligue á señalar al diluvio una fecha superior á la de 2800 años, antes todas las probabilidades nos fuerzan á detenernos sin poder pasar de ella. Parecerá corta á muchos, al ver las que suelen señalar aun los sabios más ortodoxos: pero la verdad es independiente de las apreciaciones humanas, y sólo se revela claramente á la luz de los hechos seguros y positivos. A estos nos atenemos, sin de-

lento cataclismo, al que se deben las rocas erráticas y los muchos cantos rodados diseminados generalmente sobre esta superficie. La mayor parte están conformes en fijar la fecha en cerca de 4000 ó 5000 años antes de la época actual. Entre estos geólogos mencionaremos á Delomieu, Deluc, André de Gy, Saussure, Haüy, Cuvier, Brongniart, Buckland, Omalius de Halloy, Biot, Beudant, Elías de Beaumont, sin que de esta cita se entienda excluimos los geólogos cuyos nombres omitimos.»

Uno de los mencionados geólogos, Amalius de Halloy, decía: «Inferiremos con Deluc, Cuvier, y Buckland, que las revoluciones que han dado á las montañas sus actuales formas y á los ríos el curso que hoy siguen, no se remontan á épocas excesivamente remotas; de suerte que la distancia de 4000 ó 5000 años del momento actual, que el Génesis da á su diluvio, puede muy bien armonizar con las consecuencias deducidas de los cronómetros naturales.

Así, pues, M. de Serres, cree que ni los hechos físicos ni los históricos, etc. nos autorizan para señalar al diluvio una antigüedad superior á 3000 años, á lo sumo, antes de J.-C.

Hé aquí ahora lo que dice el célebre geólogo Fergusson acerca de lo inseguro que es todo cálculo basado en el espesor de los depósitos cuaternarios: «Las observaciones de que acabo de hablar demuestran con cuánta facilidad puede uno equivocarse en las conclusiones deducidas de las escavaciones hechas en los depósitos de un delta y en los cálculos fundados en los aluviones locales. Véase lo que yo he observado por

jarnos arrastrar de la corriente común; lo que de ellos se deduce como cierto, ó como más probable, eso es únicamente lo que nosotros defendemos. No tenemos en cuenta para nada eso que se suele llamar, exigencias de la ciencia, pues estas son tan variables, como los caprichos de los sabios. Demostraciones y hechos, es lo único que nos detiene, lo único que debe tenerse en consideración.

No procedemos *á priori*, con sistemas premeditados, porque amamos la verdad y odiamos de corazón el espíritu de partido. Si establecemos una fecha, al parecer, excesivamente corta, es porque nos gusta reducir las cosas á su verdadero valor, y porque, examinados los datos detenidamente, nos ha parecido, desde todos los puntos de vista, la más segura y probable, ya que no rigurosamente cierta. Posible es que nuevos hechos obliguen á modificarla, pero nos parece en

mi mismo: los ladrillos que formaban parte de los cimientos de una casa construida por mí, fueron arrastrados por el agua de un río y depositados en su lecho á una profundidad de 30 ó 40 piés. El río se retiró después, y en el sitio en que estaba mi casita, pero á 40 pies encima de sus ruinas, existe en la actualidad una nueva aldea. Si allí se hicieran escavaciones, se descubrirían mis ladrillos, y juzgando por la profundidad á que se encuentran, se podrían calcular los millares de años transcurridos desde que yo vivía.»

Así no nos debe extrañar que al hombre del delta del Misisipi, á quien concedía Lyell, primero cien mil años, y después 50000, no le concediera Lubbock más que 3000, y Schmidt nada más que 1700!

extremo difícil que esa modificación pueda ser considerable.

No nos hemos atado con la cronología de la Biblia, pues de entre las muchas que por tales pasan, es casi imposible discernir cual sea la verdadera. Y quizá no lo sea ninguna de las presentadas en el día, si, como muchos defienden, faltan algunos términos en la serie de los Patriarcas. La Iglesia, por otra parte, deja en completa libertad; y los más ortodoxos saben usar ampliamente de ella. Además la cronología de los Setenta nos autorizaba á señalar una fecha muy superior. Pero no la hemos necesitado. Si celebramos la prudencia de los apologistas, que extienden cuanto les es posible los datos de la Biblia, para evitar cualquier choque con las aspiraciones justas ó injustas de la ciencia; nosotros hemos preferido defender sencillamente lo que nos parece más conforme con la verdad. Y la fecha que hemos señalado, como próximamente la media entre las que se deducen de las diferentes cronologías bíblicas, y como la única á que conducen, no las exageraciones y fábulas, sino los datos más seguros de la arqueología, de la antropología, de la tradición y de la historia de los antiquísimos pueblos, que nacieron casi á raíz del diluvio, tiene todas las probabilidades de ser la fecha verdadera del gran acontecimiento.



EPÍLOGO.

HEMOS llegado, por la Divina Misericordia, al fin de nuestro humilde trabajo. Poco hemos hecho, lo debemos confesar, pero de nuestras débiles fuerzas, y con los escasos elementos con que hemos podido contar en este retiro, no hubiéramos esperado, ni aún siquiera eso poco, sin invocar el poderoso auxilio de Aquél *qui linguas infantium facit esse dissertas*, y en quien únicamente hemos confiado, para llevar adelante nuestros propósitos.

Si hemos tenido la suerte de acertar, ¡La alabanza, el honor y la gloria á Dios, que se dignó dirigir nuestros vacilantes pasos! Si nos hemos equivocado, le suplicamos de corazón perdone nuestra ignorancia, y haga que no cunda nuestro yerro; que nadie, por nuestra culpa, llegue á separarse de la senda de la verdad. Y desde luego sometemos todas nues-